

La tía desobediente

Consuelo Posada



ErreMora (Morata). Pintura digital. https://www.instagram.com/morata_studioart/

Todos la llamábamos la tía Sofía, aunque realmente era la tía de mi madre y hermana de mi abuelo. Yo era un niño cuando la encontré en la casa de los abuelos en una de las vacaciones de fin de año y sentía la misma curiosidad de toda la familia por escuchar las historias que se contaban sobre ella.

Sabíamos que, en medio del escándalo familiar, había abandonado a su marido elegante y adinerado por un japonés con poca plata y con muchos menos años que ella. Ahora, ya vieja, había vuelto al país pero no podía buscar a sus hermanas que no le perdonaban la ofensa al buen nombre que su apellido tenía en la ciudad.

Pero en la casa de mis abuelos no importaban mucho las reglas y la figura de la tía desobediente despertaba una simpatía general, y mi madre y sus hermanas buscaban los momentos en que parecía estar lúcida, para escuchar sus aventuras y los recuentos de viajes a países lejanos. Todos le mostraban su aprecio, menos yo, que siempre tuve miedo de su cara perdida en los corredores, preguntando por algo que alguien había sacado de su cuarto. Casi siempre era su carterita azul de perlas o un álbum de fotos o una pequeña monedera con monedas extranjeras. Las cosas perdidas volvían un rato después, cuando ya la tía Sofía no parecía recordar que las había extraviado. Algunas veces, yo miraba con tristeza la

carterita que, según mi madre era de perlas verdaderas y era un recuerdo de sus años felices con el señor Yuso.

Siempre me negaba a ir a su cuarto para llevarle algo de beber o para saber si estaba bien porque temía encontrarla dormida, con los ojos abiertos, como los muertos que salían en las películas. Seguí teniendo miedo aunque me explicaran que no podía cerrar los ojos completamente por el efecto de las cirugías plásticas. Tenía fama de miedoso y si confesaba la verdad, no me dejarían ver las películas de terror de la media noche, los fines de semana.

Pero cada tarde, antes de la comida en familia, mi abuela se sentaba en el patio trasero, debajo de los árboles, y frente a ella la tía Sofía se dejaba peinar dócilmente mientras cantaba pedazos de canciones, en lenguas desconocidas. En ese momento, su cara se volvía dulce y su sonrisa me hacía olvidar los miedos de siempre. Mi madre me contaba que la abuela no las había peinado de esa manera a ellas, que eran sus hijas, cuando vivían en Medellín, pero había aprendido ese ritual delicioso que se veía a través de las cercas verdes, en los patios vecinos de Barranquilla. Y cuando sus nietas empezaron a crecer, cada tarde las sentaba en la sombra de los nísperos y jugaba a hacerles trenzas y a contarles historias de duendes y figuras de su infancia.

Un día, el abuelo me llevó a la casa de la prima Lucila, que era la hija de la tía Sofía. Vivía en un barrio muy al norte, con un jardín grande y florecido y con una cancha de baloncesto. La prima Lucila no pudo recibirnos personalmente, pero vino su hija mayor y una empleada nos acomodó en un saloncito y nos trajo refresco con galletas y yo jugué un rato con el primo Willy, que

tampoco era primo porque era hijo de la hija de la tía Sofía, que ya dije antes que no era de verdad mi tía. Además, el parentesco era desteñido porque acababa de conocerlos y ellos, tan altos y tan rubios, me resultaban extraños, pero al primo Willy le gustaron mis bolas de uñita, que él llamaba canicas y se entusiasmó cuando le dije que un tío me estaba enseñando a bailar el trompo y a recibirlo en la palma de la mano.

Vino a mi casa dos días después y jugamos un partido de bola de trapo con los amigos de la cuadra y nos subimos a los palos de tamarindo y le mostré mis escondites en la casa y juntos fuimos a saludar a la tía Sofía, por encargo de mi madre, pero ella no sabía quiénes éramos y nos hacía preguntas incomprensibles.

Lo llevé al cuarto del abuelo y después al pequeño laboratorio de fotografía. Le repetí lo que él me enseñaba sobre los cuadros que estaban en las paredes, mientras los clientes venían a reclamarlos. Casi todos eran de mujeres que el abuelo retocaba para que se vieran más jóvenes y después les agregaba aretes y collares y el resultado era una gran ampliación iluminada y en colores que, colgada en la pared, con marco y con vidrio, resultaba imposible de rechazar para los compradores. Sólo me guardé el secreto de las fotografías de las mujeres desnudas que él tomaba en los prostíbulos del barrio chino y que estaban en la última gaveta del escaparate.

Mi abuela estaba casi ciega, pero seguía controlando la vida de la casa y sabía el lugar exacto de cada cosa y aspiraba a saber el paradero de cada uno de sus hijos. Siempre preguntaba, la mañana siguiente, por qué mi tía Rosa había llegado después de la media noche.

La tía Liria era la mayor de las hermanas y junto a mi abuela manejaban las reglas. Aunque los permisos eran estrictos, nadie protestaba, tal vez porque dentro de la casa gozábamos de libertad casi total. Era una familia grande y las hijas menores podían llegar tarde si estaban acompañadas por alguno de los hermanos. Yo las esperaba despierto y gozaba de las conversaciones sin horarios ni censura. Eran las reuniones de todos y los que llegaban esperaban a los que faltaban y las charlas se agrandaban, con historias deliciosas que afinaron en mí el placer de escuchar los cuentos de los grandes.

Pero, en esas vacaciones, mi abuelo se enfermó de gravedad y en la casa, ahora llena de silencios, sólo se oían los reclamos de la tía Sofía buscando su carterita azul de perlas.

Todos estábamos concentrados en las visitas a la clínica y habíamos descuidado a la tía Sofía que seguía cada vez más perdida y había exagerado sus exigencias con las comidas, que nadie podía complacer. Pedía cosas exquisitas, costosas y difíciles de conseguir, según mi madre. Así que ahora quería desayunos con leche descremada, queso de cabra y yogures de marcas especiales.

Mi tía Liria nos dijo una noche que había llamado varias veces a su familia para pedirles que vinieran a recogerla porque ya no podíamos tenerla pero que la hija no contestaba los recados. Como siempre, las decisiones las tomaban entre la tía Liria y mi abuela y después de hablar un rato, nos contaron que mandarían un mensaje al radio periódico "Informando", que era, en esa época, el de mayor sintonía.

Yo trataba de imaginarme qué pasaría cuando la familia Pöppel oyera o le contarán la nota social, leída en la voz de Marcos

Pérez Caicedo, pidiéndole a la honorable Lucila de Pöppel, el favor de recoger a su señora madre, mal de salud física y mental, y quien se encontraba desde hacía varios meses en la casa de unos parientes en el sur de la ciudad. A la mañana siguiente llamaron para avisar que vendrían a las cuatro de la tarde a recoger a la tía Sofía, pero yo no podría estar presente porque mi abuela nos recomendó prudencia y era mejor que todo fuera muy discreto, para que no se congregaran los vecinos. Sólo saldrían a recibir la visita la tía Liria, mi madre y mi abuela.

Mucho antes de la hora anunciada, todo estaba dispuesto y las tres mujeres, vestidas con la ropa de ocasiones especiales, recogieron a la tía Sofía y se acomodaron en la terraza exterior. Yo había prometido que me quedaría en mi cuarto, pero después me refugié en el callejón para tratar de ver la despedida y, ante todo para saber si había venido también el primo Willy, pero cuando llegó el automóvil, sólo apareció el chofer con uniforme. Traté de descifrar imágenes, pero la estrechez de los calados me recortaba la visión y me concentré en el rostro pálido de mi abuela. Ella esperó sentada un rato largo hasta comprender que no habría visita y entonces empezó a llorar despacito mientras abrazaba a la tía Sofía, que le acariciaba con dulzura la cabeza.

Así que el último recuerdo que tengo de ese día es el de la tía Sofía que sonreía y movía las manos, en un gesto de despedida, antes de que el chofer de la familia Pöppel le abriera con cortesía la puerta del automóvil.

Consuelo Posada es profesora jubilada del Departamento de Literatura de la Universidad de Antioquia. Publicó el libro *Canción vallenata y tradición oral* y, en coautoría con Óscar Castro, el *Manual de teoría literaria*.